

ELENA MARQUÉS NÚÑEZ

AÑO SABÁTICO

COLECCIÓN NAGINATA
ARMA POÉTICA EDITORIAL
SEVILLA 2017

© 2016, Elena Marqués Núñez
© Fotografía Cubierta: Marisa Fenoll / Aure Gallego
© Arma Poética Editorial
© Colección Naginata

.....
Diseño y maquetación: Jaime Romero
.....

ISBN: 9788494769009
Depósito Legal: SE 1719-2017

arma
poética
editorial

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

AÑO SABÁTICO O LA TERRIBLE CERTEZA DE DESCUBRIRSE

*En cada uno de nosotros
hay uno al que no conocemos.*

Carl Jung

La vida sería muy sencilla si respondiéramos a patrones preestablecidos científicamente, si pudiéramos estudiarnos unos a otros como se disecciona a un insecto, o si el lenguaje estuviera exento de emoción y solo se utilizara para transmitir información desconocida; propósito este último muy alejado de la autora —cuyo amor por las palabras la ha llevado a ser reconocida con numerosos premios en narrativa y poesía—, pero que en *Año sabático* nos plantea como dilema.

El hilo conductor son las memorias de un profesor de Antropología de la Universidad de Harvard que, al final de una vida programada donde nunca se apasionó en exceso por lo que hacía, se siente perdido y decide escribirlas. Fiel a las reglas del género, el protagonista nos relata —mediante un bucle continuo de retorno al hotel madrileño donde se realizó el primer congreso de su especialidad y al que siempre vuelve por aquello de *mi apego a las rutinas y a la seguridad de los escenarios*— su infancia en el deprimido medio rural de Alabama; su juventud como estudiante y profesor universitario; su matrimonio y vida familiar.

Las escasas manifestaciones de afecto que recibió durante su niñez le hicieron encerrarse en la observación silenciosa del entorno y en la disección de insectos, costumbres que luego lo

ayudarían a convertirse en un magnífico profesional del estudio de las personas, pero que indudablemente lo aislaron de ellas. Sus memorias nos muestran a un personaje incapaz de amar, un científico que no se sorprende ni se emociona, sino que anota fríamente el comportamiento de aquellos que le rodean y a los que, en su fuero interno, desprecia.

Su matrimonio sin hijos con una chica culta pero acomodaticia tampoco resulta estimulante, solo satisfactorio en la costumbre —*Fueron muchos los monosílabos que cruzamos entonces, o bien: Evelyn me estudiaba a mí y yo investigaba al resto de los hombres*—. Sin embargo, la imagen de una familia joven con dos niños, a los que observó una vez en una playa y catalogó como paradigma de la idílica vida americana, retorna periódicamente a sus pensamientos, incluso la anhela cuando ve cercano el final.

La autora realiza un duro análisis del mundo universitario como lugar desde el que emerge la casta política, cuestiona las luchas intestinas para conseguir plaza —... *calculé por lo bajo el número creciente de mis enemigos*—; si se realiza una verdadera investigación, ya que los temas de estudio se alargan innecesariamente en el tiempo; y nos muestra un ámbito lleno de petimetres, con devaneos e ínfulas intelectuales, incluso poéticas, pero acomodados a su sillón docente, que gráficamente refleja como el despacho conseguido a lo largo del pasillo de los privilegios.

El año sabático forzoso y su actividad escritora le permiten escapar de las rígidas coordenadas donde se ha mantenido encerrado, lo transforman en un ser más débil frente a la realidad, le hacen cuestionar su soledad, que él reconoce buscada —*Yo escogí ser intratable*—, recapacitar sobre la banalidad de su vida ocupada por tareas inútiles, e incluso lamentar el haber liquidado la estirpe de sus ancestros, venidos desde tan lejos, como ejemplo de derro-

ta del sueño americano. Y el profesor, ahora, necesita comunicarse, publicar sus memorias como didáctico aviso para navegantes.

Comprender el complejo entramado de interacciones que generan nuestras emociones y comportamientos sigue siendo un reto. Elena Marqués, con una prosa fluida, utiliza el recurso del lenguaje formal, academicista, incluso con notas a pie de página como si de un estudio antropológico se tratara, para conseguir darle un tono mordaz e irónico, aunque en última instancia amable, a la terrible certeza de que estamos solos, frente a nosotros y frente a los otros, que siempre serán unos desconocidos.

Reyes García-Doncel Hernández

AÑO SABÁTICO

ÍNCIPIT

Los hoteles son para el descanso, me digo, aunque desde siempre me han provocado una profunda intranquilidad. Incluso más que la que me induce la extraña proximidad de mis vecinos. Esas pequeñas celdas donde nadie conoce a quien duerme al otro lado del panel, aunque se escuche y se descifre cada movimiento: la caída desordenada de los zapatos del viajante, la bañera llenándose de espuma para el encuentro feliz de los recién casados o quién sabe si unos amantes fortuitos, el canal de noticias internacionales y el repiqueteo del hielo en un vaso aséptico y plastificado que quizás nunca debió librarse de su envoltorio, el forcejeo desesperado con la manija de la ventana para lanzarse a un vacío que no pesa.

¿Cómo sonará un profesor cansado?, me sigo preguntando. Distinto a uno joven que aún anda convocando a su destino.

Para este último, una habitación de hotel no puede ser placentera.

Lo imagino (lo veo) sacando los folios para la exposición, mal distribuidos entre el escritorio, los pies de la cama y la mesita auxiliar, en un frágil equilibrio que se rompe a poco que una vibración del suelo los perturbe. Imagino (los veo) sus paseos entre el lavabo y la ventana, nerviosos y poco resolutivos, buscando la palabra adecuada, concentrado sin éxito en concentrarse.

Fuera, los transeúntes continúan en su vida vulgar sin intuir que, en la tercera planta de un hotel de cuatro estrellas «especializado» en simposios y congresos, un joven aspirante a profesor los examina, y que cada uno de sus movimientos automáticos, cada reacción instantánea a los peligros, puede quedar reflejado en su próximo artículo o surgir como una despreocupada anécdota entre los intersticios de una conferencia afortunada.

Porque este que en estas páginas se asoma a una populosa avenida de Madrid que hace poco también recorrió sin pensar que quizás a él lo observaban de igual manera trabaja en el Departamento de Antropología de la Universidad de Harvard (eso reza en su currículum, junto a una sección de artículos sobre temas etéreos), y de un tiempo a esta parte empiezan a interesarle especialmente ciertos hábitos sociológicos relacionados con la rutina diaria y condicionados por un medio (perdón) medio hostil.

Sin embargo, el joven no domina el español, ni mucho menos la materia. Se pueden controlar las matemáticas, el álgebra; predecir la reacción de los elementos químicos y, con más o menos acierto, presagiar las fases en la evolución de una enfermedad, pero no el comportamiento del ser humano. Ni tan siquiera el suyo.

Yo, que llevo agrupándolos por tipos desde que me alcanza la memoria (me refiero a los hombres), empiezo a dudar de la validez de los métodos para estudiarlos, de la falta de adecuación al objeto de investigación y de la poca fiabilidad de las conclusiones.

Se dice que la inmutabilidad de los escenarios es un talismán para que las cosas sucedan según lo previsto, para que no se desvíen del plan trazado, y que poder pronosticar lo que va a ocurrir nos confiere tranquilidad. Y ¿quién afirma tal cosa? Alguien del que posiblemente han oído hablar a pesar de no ser un personaje ni un científico, ni tan siquiera un comediante al que le concedemos por error la certidumbre de la veracidad; un entendido en *coaching* que no solo ha escrito sobre la materia sabiendo de antemano el número de compradores de su libro y el éxito que va a obtener con las ventas (si no, jamás lo habría hecho), sino que, en la obligada fase de márketing a que es preciso someterse para darse a conocer, se ha ocupado de aclarar en un vídeo explicativo los cinco pasos del proceso (a estas alturas el lector ni siquiera sa-

brá de qué proceso hablo), y apoya con sus manos, en un lenguaje gestual que tanto dice de sí, esa idea machacona y poco novedosa de que «los espacios conocidos aportan seguridad, el fijar una imagen de las escenas de antemano, de lo que va a ocurrir»; saber qué encontrarás en cada rincón de los pasillos que transites, de qué color serán las sillas de las salas de conferencias y el tipo de letra con que, en nuestro caso, el de los entendidos en Antropología o cualquier otra materia sobre la que se quiera divagar, se escribirá el programa.

La elección de este hotel quizás también se deba a eso, al sano propósito de los organizadores de que los profesores se sientan relajados, como en su propia casa; a algo tan simple como que el primer simposio, que inauguró el ciclo y tuvo cierto éxito, se celebró precisamente allí, y aquello sentó ya las bases de un futuro tranquilo y prometedor.

Ay, los hábitos, ese refugio de las mentes débiles. Los hábitos y su utilidad. Gracias a ellos, en mis largos años de experiencia he aprendido a predecir el momento justo en que un alumno levantará la mano para discutirme las ideas de Durkheim («no son mías», le diré; «pero, si ya están superadas, por qué hay que estudiarlas», rebatirá), y cuándo decidirán postergar el examen, e incluso cuál de ellos se erigirá en portavoz para la ingrata tarea de enfrentarme con ese cuento, definidos todos estos ejemplares (no hay tanta variedad en el ámbito juvenil; sus problemas crecerán mucho más tarde, las divergencias se acentuarán con el paso del tiempo) por un físico mediocre hábilmente mejorado con un *look* progre y una chulería pasajera, una arrogancia gregaria que se desmoronará a poco que lo llame a mi despacho para plantearle la posibilidad de obtener algún exclusivo privilegio. (Yo sé de lo que hablo.)

De todos esos sujetos están repletos mis libros.

El trabajo de campo en esta profesión es bastante sencillo. Pura estadística y un público variable que no sabe que actúa de conejillo de Indias, tanto entre los pupitres como fuera de ellos; es decir, en la cafetería del campus y en la superficie de césped donde se relajan y exponen lo aprendido para memorizarlo y cautivar al otro sexo; en la avenida de Madrid que se extiende en estos momentos (y en otros muchos del pasado y quién sabe si en otros tantos del porvenir) bajo los pies de un joven profesor de Harvard que busca ahora entre los papeles su incorrecto plantel de resultados.

Pero me desvíó del tema cuando solo estaba hablando de escenarios y de ademanes, y de distinguir los importantes de los superfluos (me refiero a los gestos y a lo que de ellos se puede colegir); de leer el movimiento de las manos y el refulgir opaco de los ojos; de medir los tiempos de cada acto y actuar, cómo no, en función de estos.

Precisamente el día que titulé mi conferencia «Los hábitos: educación o dominación» las reacciones también se desencadenaron según los pronósticos. El moderador, un tímido neófito aplastado por un tupé ridículo que ni siquiera estaba de moda, se vio en la obligación de arrebatarme la palabra; el director del simposio, perito en contratiempos, buscó una inocente alternativa; mi esposa, al saber lo ocurrido desde la comodidad de su salón, lo vio definitivamente claro y aprovechó para pedirme el divorcio.

El público que llenaba la sala no era variado, tampoco multitudinario; pero sí que estaba sobre aviso. Ya había corrido la voz de que el profesor O'Toole hacía tiempo que chocheaba.

Ante mí se extendía una lámina semoviente de estudiantes cansados de escuchar una tras otra las conferencias, y que acogieron aquel conato de batalla verbal con verdadero entusiasmo.

Creo que alguno pensó que aquello formaba parte del espectáculo, que solo era un modo de llamar la atención y relajar el ambiente después de tanta cháchara aburrida y que por eso había introducido uno de esos temas que hoy se denominarían «políticamente incorrectos», para incomodar y reír a partes iguales. Solo yo no me reí, porque iba en serio. Todos siguieron su papel y finalmente yo interpreté el mío con tal perfección que cualquiera diría que lo llevaba ensayado. El cambio de planes no me perturbó lo más mínimo.

La mesa redonda se resolvió entre tópicos y bromas. Era la última jornada del encuentro y recordaba demasiado a la jubilación de un viejo catedrático, esas que se resuelven con la concesión de un aprobado general y el panegírico subsiguiente que concita su figura. La hipocresía es, quizás, uno de los hábitos más arraigados y más útiles. No puedo recordar la última vez que abusé de ella.

El caso es que, al final del día, después del *sushi* y la sopa fría de aguacate y un café sólido que quitaría el sueño a un muerto, el director me llamó.

Ronald Craig era un petimetre en toda la extensión de la palabra. Pero ¿quién no lo ha sido en este ámbito, el universitario, en algún momento? Normalmente esa fase se atraviesa al inicio de los cincuenta, cuando el currículum lo permite y el triunfo empieza a perder el valor de la novedad, a dejar de concitar el entusiasmo. Entonces se ve sustituida por un momento sublime, el de la humillación de los recién llegados, a los que se les encomiendan tareas de cálculo y estadística, las que menos gustan a nadie, y, por ello, las más ingratas. «Hay que empezar por abajo», insistirán, incluso aquel que no tuvo que luchar por estar aquí, que conquistó el título de profesor ayudante como quien hereda los ojos azules o una casa derruida en las Highlands.